

*Paulo Freire. Revista de Pedagogía Crítica*

Año 22, N° 31, enero – junio 2024

ISSN ON LINE 0719 – 8019

pp. 04 - 20

**PENSANDO A CONTRACORRIENTE:  
IMPUGNAR LA CULTURA HEGEMÓNICA, CRUZAR LOS LÍMITES  
DISCIPLINARIOS Y UNA ESPERANZA CRÍTICA EN EL HORIZONTE**  
**Entrevista con Raimundo Cuesta Fernández**

**THINKING AGAINST THE MAINSTREAM: CHALLENGING HEGEMONIC  
CULTURE, CROSSING DISCIPLINARY BOUNDARIES AND A CRITICAL HOPE ON  
THE HORIZON.**

**Interview with Raimundo Cuesta Fernández\***

*Resumen*

Su carrera como investigador se ha construido a las afueras del estrecho margen de la historia académica al uso, trabajando dentro, fuera y por encima de los espacios universitarios. Una de sus ideas de trabajo se resume en el concepto de historia con memoria, una suerte de alianza entre historia y memoria bajo el signo del pensamiento crítico, que supone que la exactitud rigurosa del pasado no debe estar reñida con los imperativos cognitivos y éticos de una “razón rememorante”. Sus herencias intelectuales incluyen a F. Nietzsche, C. Marx, M. Weber, E. Bloch, Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, M. Foucault, P. Bourdieu, C. Lerena, entre otros. Usando estas herramientas heurísticas sus esfuerzos intelectuales se orientan a comprender una extensa gama de realidades culturales. Sin olvidar que la modestia epistemológica es buena consejera para no cosificar ni sustantivizar el elenco de conceptos-utensilios con

---

\* Conversación sostenida con el editor de *Paulo Freire. Revista de Pedagogía Crítica* Fabián González Calderón.

Raimundo Cuesta Fernández es Doctor en Historia con premio extraordinario por la Universidad de Salamanca y Licenciado en Filosofía y Letras, fue catedrático en el IES Fray Luis de León de Salamanca y ha sido Premio Nacional a la Innovación Educativa. Profesor invitado y colaborador de universidades españolas y latinoamericanas, es especialista en historia de las disciplinas escolares, las relaciones entre historia y memoria, la evolución del pensamiento crítico y de la génesis de la cultura en la España contemporánea. Cofundador de Cronos y Fedicaria, es miembro del equipo editorial de *Con-Ciencia Social*.

los que penosamente atrapamos la realidad, siempre más compleja que cualquier construcción teórica.

**Palabras claves:** historia, educación histórica, pensamiento crítico, historia cultural

### **Abstract**

His career as a researcher has been built on the outskirts of the narrow margin of standard academic history, working inside, outside and above academic spaces. One of his working ideas is summed up in the concept of history with memory, a kind of alliance between history and memory under the sign of critical thinking, which assumes that the rigorous accuracy of the past should not be at odds with the cognitive and ethical imperatives of a "remembering reason". Its intellectual legacies include F. Nietzsche, C. Marx, Bloch, M. Weber, E. Bloch, Critical Theory of the Frankfurt School, M. Foucault, P. Bourdieu, C. Lerena, among others. Using these heuristic tools, his intellectual efforts are oriented towards understanding a wide range of cultural realities. Without forgetting that epistemological modesty is a good counsellor in order not to reify or substantivise the list of concepts-utensils with which we painfully trap reality, always more complex than any theoretical construction.

**Key words:** history, history education, critical thinking, cultural history.

El Profesor **Raimundo Cuesta Fernández** (Santander, 1951) es licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Salamanca, y doctor en Historia, con premio extraordinario. Profesor de Historia en el IES Fray Luis de León de Salamanca entre 1975 y 2011 (catedrático y jefe de departamento), y profesor colaborador e invitado de la Universidad de Salamanca y de otras universidades españolas y latinoamericanas. Cofundador en 1981 del grupo Cronos en el ICE de la Universidad de Salamanca. Fue director del Centro de Profesores de Salamanca entre 1987 y 1990 y miembro fundador de Fedicaria, federación española de grupos de pensamiento crítico en el campo de la educación, que se fundó en 1995. Desde finales de los años noventa sus esfuerzos intelectuales buscaron unir la historia de la educación y del curriculum con los fundamentos de una didáctica crítica de las ciencias sociales. Con ese propósito coordinó el Proyecto Nebraska, con investigaciones sobre la sociogénesis de los códigos disciplinares y los usos pedagógicos en los modos de educación del mundo contemporáneo. Entre sus numerosas publicaciones destacan los libros *Sociogénesis de una disciplina escolar: la Historia* (Pomares-Corredor, Barcelona, 1997), *Clío en las aulas. La enseñanza de la historia en España entre reformas, ilusiones y rutinas* (Akal, Madrid, 1998), ambas resultado de su investigación doctoral y lecturas obligadas para quienes se adentren en el estudio de la educación histórica. A lo anterior habría que sumar un sinnúmero de artículos publicados en *ConCiencia Social* Anuario de didáctica de geografía, historia y otras ciencias sociales entre 1997 hasta la actualidad. Para combatir prejuicios e ilusiones en torno a la escuela como artefacto publicó *Felices y escolarizados. Crítica de la escuela en la era del capitalismo* (Octaedro, Barcelona, 2005), ahondando en la función de “colaboración” que desarrolla la escuela en la forja de una nueva subjetividad bajo el capitalismo. Los debates y las posibilidades de pensar la historia con la memoria fueron propuestos en *Los deberes de la memoria en la educación* (Octaedro, Barcelona, 2007) y *La venganza de la memoria y las paradojas de la historia* (Salamanca, 2015). Una síntesis literaria y autobiográfica de su actividad profesional y vital puede leerse en *Las lecciones de Tersites. Semblanza de una vida y de una época* (Madrid, Vision Libros, 2017), libro autobiográfico, donde se vierte una reflexión sobre el tema de la subjetividad y de la sociogénesis del profesorado como intelectual crítico. Sus trabajos más recientes, *Verdades sospechosas. Religión, historia y capitalismo* (Vision Libros, Madrid, 2019) y *Unamuno, Azaña y Ortega. Tres luciérnagas en el ruedo ibérico* (Vision Libros, 2022) han abordado temas de historia conceptual y el rol de intelectual, expresando su deseo de desentrañar problemas, siempre en dimensión histórica, de la subjetividad, las creencias o el papel de los intelectuales en la vida social.

En una reciente contribución colectiva a la revista *Conciencia Social*<sup>1</sup> junto a César Rina Simón y Gustavo Hernández Sánchez nuestro entrevistado proponía “La historia humana no posee un diseño preexistente y una meta final. Los procesos sociales y políticos no caminan siempre en la misma dirección. La sorpresa que ha acontecido ante el panorama del renacimiento ultraderechista nos indica que nada está garantizado y ninguna de las conquistas sociales tiene el sello de la inmortalidad” (p.4). Estas preocupaciones contemporáneas que cruzan el océano a brazada impetuosa y otros viejos temas de interés para la educación histórica en hispanoamérica son parte de la conversación que sostuvimos con el profesor Cuesta, apenas logran ser un sobrevuelo por la extensa y prolífica obra intelectual de un historiador que ha propuesto más de una verdad incómoda para la historia y la pedagogía.

## ENTREVISTA CON RAIMUNDO CUESTA

**Profesor Cuesta, prácticamente en todas sus obras el Capitalismo es un hilo subyacente que las recorre y que marca el tono de su análisis crítico y genealógico. En ellas usted revisa una constelación de formas culturales de la modernidad bajo la sombra del desarrollo capitalista: la escuela como institución, el conocimiento y los códigos de las disciplinas escolares, la historia de la enseñanza de la historia, el campo profesional de los docentes, la religión como objeto de investigación social, el campo intelectual y el compromiso político, etc. Considerando esos antecedentes, ¿Cuál es su lectura del Capitalismo del siglo XXI?**

**RCF:** Ciertamente, como sugieres, el capitalismo en su vertiente de modo de dominación simbólica ha sido tema que ha atravesado mi trayectoria investigadora en el seno de Fedicaria, plataforma colectiva formada por profesorado de pensamiento crítico a la que pertenezco desde hace casi treinta años. Ahora bien, eso no quiere decir que considere al capitalismo como el pozo de todos los males, como si fuera un *deus ex machina*, una palabra mágica todoloexplica que por su sola mención nos evita dar cuenta empírica y solvente de la historia, el funcionamiento y la evolución de las concretas entidades sociales examinadas. Toda “verdad” tiene su historia, que nos obliga, siguiendo las huellas de la historia conceptual, a pensar genealógicamente. En el caso del “capitalismo” se trata de un término que nace bajo el estigma de una carga semántica negativa, cuyo uso se divulga dentro del mundo del socialismo de la II Internacional y que hasta comienzos del siglo XX no asoma en el ámbito académico. Incluso hoy sus partidarios sustituyen ese vocablo de evidentes

---

<sup>1</sup> Editorial, C. (2024). Editorial: Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática. *Con-Ciencia Social*, (7), 1–12. <https://doi.org/10.7203/con-cienciasocial.7.28393>

connotaciones negativas por expresiones como “economía de libre mercado” y otras zarandajas encubridoras y exculpatorias. Por otras razones, el propio Karl Marx en *El Capital* (1867), máximo monumento crítico de su tiempo, prefería, al menos hasta 1877, emplear “modo de producción capitalista” o “capital” en vez de “capitalismo”. Sea como fuere, con el correr del tiempo el sustantivo prosperó y se incorporó a la tradición de pensamiento izquierdista, manteniendo todavía hoy buena parte de las connotaciones peyorativas de antaño.

Naturalmente, el análisis marxiano era hijo de su tiempo y por tanto se encontraba inscrito, pese a querer superarlas, en las categorías analíticas de la economía política clásica, especialmente en las de raíces ricardianas. De ahí que la contaminación economicista y productivista (por no hablar de la omisión en el cálculo económico de la “variable femenina” o de los bienes aportados “gratuitamente” por la naturaleza) haya sido una línea persistente que impregnó desde los orígenes del movimiento obrero tanto a las organizaciones de signo socialdemócrata como a las de orientación revolucionaria. Los experimentos “prácticos” de implantación del socialismo buscaron demostrar cómo el Estado asignaba los recursos mejor que el mercado, sin poner en cuestión ni los fundamentos incongruentes de la producción por la producción ni los del trabajo asalariado. Posteriormente el enfoque eointegrador de las nuevas miradas económicas (ya no tan nuevas) han impugnado los pilares de todo sistema económico dirigido al crecimiento sin límites, porque llevaba a concebir la naturaleza como un bien “disponible” e “inerte”, “no contable”. Por añadidura, hoy en día, en los capitalismo reinantes (de mercado, de Estado y mixtos) el papel del conocimiento y de la ciencia ha alcanzado una posición sin precedentes en la historia de la humanidad. No en vano algunas formulaciones de estirpe marxista han empezado hace años a hablar de capitalismo cognitivo y otras similares acuñaciones nominales.

No obstante, ya Marx tuvo la genial intuición de advertir la dimensión de “jeroglífico social” de la teoría del valor y para ello se permitió aludir al carácter fantasmagórico, misterioso y oculto, como si de una creencia religiosa se tratara, de la circulación de mercancías y la creación de valor de cambio. Además, en sus interesantes apuntes de los *Grundrisse* sobre las teorías del valor-trabajo y la plusvalía ya asomaba la idea de una suerte de *General intellect* (suma de inteligencia colectiva gracias a los conocimientos socialmente acumulados). De ahí arrancan las más recientes especulaciones sobre el papel del conocimiento en relación a la creación del valor y el papel del trabajo humano en nuestro mundo. Esta muy estimable senda originaria es totalmente antagónica de los embelecos de los propagandistas de hoy que tratan de vendernos las mil maravillas de la “sociedad del conocimiento y la información”, o las impecables virtudes de la globalización y la ciencia, supuestos e imaginarios agentes de la promoción de una nueva arcadia mundial en pos del progreso indefinido. En una perspectiva transformadora y radicalmente crítica, hoy por hoy, las categorías “trabajo” (creador de valor) y “naturaleza” (que está ahí a “disposición”) no pueden permanecer inalteradas y cosificadas. Tampoco es aceptable la ignorancia de las aportaciones de las teorías feministas y ecologistas.

**¿Piensa que el capitalismo sigue teniendo ese carácter místico, misterioso y fantasmagórico al que hace alusión? Además, usted tuvo la posibilidad de estudiar la crítica que hiciera Marx a la relación entre religión y capitalismo ¿podría comentarnos sobre esa preocupación particular?**

**RCF:** En mi libro *Verdades sospechosas* (2017) hay, como apuntas, además del clásico acercamiento al problema planteado en su día por Max Weber de las relaciones entre religión y capitalismo, un capítulo dedicado al sugerente artículo de Walter Benjamin escrito en 1921 (Capitalismo como religión) sobre el mismo asunto. Entonces Benjamin percibía el capitalismo como una religión sin dogmas, carente de doctrinas, basada exclusivamente en cultos y rituales, que permanecía en relación parasitaria con el cristianismo. Más tarde cuando conoció la conceptualización marxiana del fetichismo de la mercancía sus planteamientos críticos alcanzaron su máximo relieve e intensidad al captar la realidad fantasmagórica de un mundo capitalista que aparentaba ser una realidad objetiva e inapelable. Ese misterio de la mercancía y su conversión en objeto idolátrico hoy nos atraviesa más que nunca. Vivimos, empero, en una fase “superior”, que suelo llamar totalcapitalismo. Es decir, el capitalismo de nuestra época no es un nuevo modo de explotación intensivo del trabajo humano y de consumo masivo, que también lo es, sino que ya se ha erigido en una nueva forma de ocupación de la vida humana en todos sus ámbitos y esferas.

Por tanto, el capitalismo de hoy nos invade en todas las facetas de nuestra existencia. Ocupa nuestro tiempo laboral pero también ocupa sin límites nuestras mentes en momentos de ocio. El viejo sistema de explotación económica, en consecuencia, ha devenido en una poderosa maquinaria de dominación a través de la persuasión y la seducción, a través de una nueva servidumbre voluntaria, un fantasma de la libertad, que se ve ampliamente facilitado por las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTIC). La colonización de los cuerpos y almas es el signo de nuestro tiempo. Nunca fue más necesario desasirse de este ectoplasma mucilaginoso que devora nuestra vida cotidiana y que se presenta investido de las galas y signos de lo sagrado.

De todo ello se infiere la necesidad de emprender nuevas y duras tareas contracorriente con vistas al ejercicio de la impugnación de la cultura hegemónica. La profesión docente e investigadora de signo antihegemónico ha de dudar de las normas establecidas de producción, difusión y apropiación de conocimiento, que desde la escuela hasta la universidad se han travestido en una absoluta e indeseable mercantilización. Esa batalla ideológica ha de encaminarse contra la basura cognitiva del capitalismo académico, contra las maneras de su acumulación institucional y contra los procedimientos torpes y mostrencos de difusión a través de publicaciones, revistas, coloquios y otras maneras de comunicación. Una tarea tan gigantesca requiere algo más que esfuerzo individual, obliga a pensar en construir o mantener plataformas autónomas (nuevo tipo de fraternidades o sororidades) de pensamiento crítico a modo de cuña contra la mercantilización del conocimiento y su conversión en instrumento de sometimiento.

Usted ha dicho que su trabajo pretende ser una contribución que permita afrontar las paradojas cognitivas y personales que nos acosan en un mundo cada vez más extravagante, evanescente y escurridizo. Un mundo cuya comprensión se hace cada vez más difícil. Por eso se ha propuesto desentrañar problemas de la subjetividad, las creencias o el papel de los intelectuales en la vida social (intelectual público). A su juicio ¿Cuáles son esos grandes problemas o esas paradojas que atraviesa la humanidad en el presente y de qué modo piensa usted que su producción intelectual como historiador permite agregar herramientas a este laborioso trabajo de pensarnos colectivamente y en una particular relación con el tiempo?

**RCF:** Sin duda, leer e interpretar el mundo de hoy no comporta una labor sencilla porque los que involuntariamente abandonamos la juventud ya hace una buena porción de años, nos vemos obligados a adentrar nuestros pensamientos y sentimientos en un mundo cada vez más “extraño” y paradójico. El proceso de aceleración continuo y sin destino conocido, propio del capitalismo e impulsado por una tecnología ciega, convierte al presente en una noria que gira sobre sí misma en forma de rotación sin horizonte cierto. Me viene ahora a la memoria el libro, escrito por el ensayista neoyorkino Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad* (1982), que, parafraseando en su título una famosa frase de *El Manifiesto Comunista*, venía a ofrecer en sus páginas un diagnóstico de la modernidad como una vorágine insaciable y sin sentido de destrucción/reconstrucción. En ese marco, especialmente propicio para la supremacía sin sombra del totalcapitalismo, el tiempo se acelera mientras el espacio se comprime y la experiencia humana y los afectos se tornan progresivamente más ocasionales y epidérmicos. De esta suerte, parafraseando al agudo historiador de los conceptos, Reinhart Koselleck, la experiencia humana se empobrece al tiempo que también lo hacen las expectativas de futuro. Nuestras relaciones con el presente, el pasado y el futuro, conforme avanza en nuestros días la distopía de la producción por la producción, del crecimiento y la mercantilización sin límites, se distorsionan al tiempo que nuestro siglo XXI entroniza el presentismo como horizonte sin horizontes y el narcisismo como invasora, imperiosa y nefasta subjetividad individualista.

Precisamente François Hartog (2003) caracterizó los regímenes de historicidad de nuestro tiempo, las relaciones entre pasado, presente y futuro, como el triunfo del presentismo. Según su punto de vista, estaríamos ante la quiebra de la racionalidad ilustrada que comprendía un orden del tiempo en el que el curso de la historia, siguiendo un destino preestablecido, se supeditaba al porvenir, siendo el pasado el depósito de experiencias que nutre al presente a fin de preparar un futuro mejor. Sin duda, la crisis intelectual y moral de las tres últimas décadas del siglo pasado, tematizada bajo la llamada postmodernidad, supuso un terremoto conceptual, un vuelco épocal (una suerte de *Sattelzeit*, de tiempo-gozne a caballo entre dos mundos), que se llevó por delante muchas de las certezas y comportamientos públicos de los intelectuales comprometidos con los valores universales emanados de las revoluciones liberales y/o con las esperanzas depositadas en los movimientos socialistas.

La onda larga y desasosegante de ese maremoto existencial, también acabó influyendo sobre mi trabajo de indagación que, ante la perplejidad que me causa la conducta cada vez más errática, cuando no reaccionaria, del campo de los

intelectuales occidentales en el siglo XXI, decidí dirigir mis afanes hacia el estudio del caso español, principalmente poniendo el énfasis en tres personajes muy prominentes de la cultura española, a saber, Miguel de Unamuno, Manuel Azaña y José Ortega y Gasset. Es bien sabido que Antonio Gramsci entendía que todos los humanos son intelectuales pero que solo unos pocos tienen esa función. En castellano el neologismo “intelectual” al parecer nació en La Habana en 1889, pero su semántica cobró pleno significado público durante la edad de plata de la cultura española (1898-1936). En estas cuitas ando actualmente, anhelando comprender, a través del estudio histórico de algunos casos destacados, cómo y por qué se produce una conducta tan volátil cuando no torticera de algunas de las mentes más brillantes en determinadas coyunturas históricas. En realidad, mi pesquisa se interroga acerca del vetusto tema de compromiso político y del tópico de la “traición” de los intelectuales. No cualquier tipo de compromiso, claro. Como bien comprenderás, mi preocupación se ha incrementado a raíz de la sombría coyuntura que estamos padeciendo a causa de la expansión de movimientos postfascistas. Mi trabajo, pues, nada tiene de esporádico entretenimiento arqueológico de fin de semana. En la España actual menudean los casos de intelectuales públicos que en su juventud fueron enardecidos opositores a la dictadura de Franco, mientras hoy algunos de ellos dan la bienvenida a la marea autoritaria e hipercapitalista que se extiende por el mundo.

En mi trabajo me ha valido de numerosas herramientas conceptuales (históricas, sociológicas y filosóficas), acerca de la morfología y tipología de los agentes sociales pertenecientes al campo del conocimiento. A propósito de la probada tendencia maleable de muchos de sus miembros, últimamente suelo recurrir a la distinción orteguiana entre ideas y creencias. O sea, apelo a la a veces intangible pugna entre formulaciones racionales conscientes que se buscan voluntariamente y concepciones irracionales seminconscientes que “se tienen” y que a menudo proceden de experiencias tempranas e involuntarias. Con mucha frecuencia estas últimas, subterráneas, en ciertas circunstancias personales y en determinados ciclos históricos afloran con fuerza volcánica y se imponen poderosamente sobre aquellas.

También hay otros muchos asuntos del orbe intelectual que suscitan mi interés. Uno de ellos se refiere a lo que algunos estudiosos de los fenómenos fascistas de entreguerras han dado en llamar “pasarelas mentales” que ayudaron a algunas personas preclaras del momento a transitar de ideologías progresistas a posiciones fascistas. Esas pasarelas consistieron en sustituir en su discurso la centralidad de la idea de “clase” por la de “nación”. Este tipo de puentes que facilitan el acceso de una ideología a su contraria persisten en nuestra era. Valga como ejemplo que hoy no sea del todo raro ver la trasmutación de algunos seres humanos, como por milagro, de una versión dogmática del marxismo (el marxismo como “la” Ciencias de las ciencias) en alguna una modalidad esclerótica de fanatismo religioso o de otra estirpe (como el que acontece dentro del magma postfascista que nos visita en nuestra centuria). Tampoco es infrecuente que la alquimia del intelecto se produzca por una “aparición” o descubrimiento tardío y mal asimilado del “verdadero” ecologismo o el “auténtico” feminismo.



Por añadidura, el prototipo de intelectual tradicional se ha agostado hasta casi desaparecer de la escena de nuestro tiempo, de modo que asistimos a la progresiva extinción de aquella venerable figura casi profética y carismática que hablaba en nombre de los valores universales y que a veces acababa pecando contra su hipotética misión incurriendo en el reiterado tópico de la “traición de los intelectuales”. En realidad, en el presente asistimos a la quiebra del intelectual tradicional-elitista de tiempos pasados y su lugar lo está ocupando o bien el intelectual-espectáculo de la cultura de masas, o bien lo que algunos tildan de cognitariado, un precario batallón de gentes de alta cualificación científico-técnica y baja remuneración económica, una suerte, según ciertas opiniones, de un nuevo proletariado de la cultura, un nuevo sujeto colectivo portador de una hipotética capacidad revolucionaria.

Modestamente albergo la esperanza, que no la seguridad, de que mi trabajo como historiador pueda aclararme a mí mismo y quizá también a los demás acerca del sentido que pueda tener aquí y ahora el papel del conocimiento y de sus portadores en la esfera pública, ofreciendo alguna pequeña luz en las tinieblas que nos circundan.

**François Dosse aboga por la necesidad de una interrogación epistemológica y un replanteamiento historiográfico. Entre esos desafíos incluye explorar los futuros incumplidos, un apego particular a la singularidad de los fenómenos y concretamente un interés renovado por el acontecimiento y la biografía. ¿Qué piensa de los giros historiográficos que comienzan a despuntar en este primer cuarto de siglo y que alcances cree tienen estas perspectivas para la investigación historiográfica? ¿Cómo encaja su trabajo historiador en el puzzle que componen piezas tales como la historia en migajas, régimen de historicidad, régimen historiográfico, historia con memoria, etc.?**

**RCF:** Recientemente he leído los dos volúmenes de la gigantesca obra de F. Dosse sobre *La saga de los intelectuales franceses, 1944-1989* (Akal, 2023), espléndido ejemplo del devenir de uno de los historiadores de mi generación. Este mismo historiador parisino publicó un libro muy leído en España sobre *L'Historie en miettes. De Annales à la nouvelle histoire* (1987), en donde daba cuenta y expresaba la descomposición del paradigma y la tradición “annalista” de la historiografía francesa en una multitud de tendencias. El ensayo al que me refiero muestra dónde fueron a parar las migajas de entonces, cómo la historia intelectual ahora ya ha adquirido un nítido perfil biográfico y también cómo, en su caso, ha devenido en una especie de estado de la cuestión sobre las sucesivas decepciones, paradojas y vuelcos sufridos por los *maîtres à penser*, por los grandes pensadores galos con J. P. Sartre y M. Foucault a la cabeza. Por lo que dije en mi respuesta anterior, ya se puede colegir que el quehacer de F. Dosse posee un apreciable interés para mi propio trabajo, muy especialmente en lo que se refiere a las transformaciones del campo intelectual tras el mayo francés del 68. La década posterior condujo a una encrucijada del pensamiento progresista y de esa circunstancia datan los orígenes de la fragmentación del singular e influyente espacio historiográfico francés en una multitud de tendencias. Desde entonces, en Francia y en otros países, no ha dejado de girar el pensamiento de los historiadores e historiadoras, aunque a menudo sobre su propio ombligo.

En verdad, la historia de la historiografía ha acreditado la existencia de movimientos pendulares que se suceden movidos por ciclos y coyunturas históricas de distinto rango. El péndulo historiográfico ha oscilado entre dos polos opuestos: objetivismo determinista frente a subjetivismo voluntarista. En mis años de estudiante todavía tenía presencia la historia de acontecimientos, instituciones y personajes, esto es, la narrativa histórica que subrayaba lo individual e irreplicable, mientras que ya iba cobrando auge otra historia distinta de enfoque económico y social, un discurso histórico de inspiración nomotética, es decir, sometido a leyes generales de carácter estructural y colectivo, y no meramente a motivos intencionales. La llamada historia social conquistó un lugar preponderante ya en los años sesenta, pero no duró mucho esa hegemonía porque ya antes de que acabara el siglo pasado reinaba la historia cultural a ambos lados del Atlántico (con sus dos laboratorios más prominentes: París y Princeton). Yo mismo que empecé muy pronto haciendo demografía histórica, al poco me dediqué a la historia de la educación y de las disciplinas escolares, simultaneando la historia social (la historia de los modos de educación) con la historia cultural (El código disciplinar de las materias de enseñanza).

En las primeras décadas del siglo XXI vivimos una bomba de fragmentación historiográfica, que no ha dejado de afectarnos de alguna manera. Desde hace diez años al menos, mi labor como historiador ha girado hacia la nueva historia intelectual sin obviar la dimensión biográfica de la misma, lo cual, en principio, muestra alguna similitud con el quehacer de F. Dosse. Mi último libro, *Unamuno, Azaña y Ortega. Tres luciérnagas en el ruedo ibérico* (2022) ha constituido un esfuerzo por hilvanar las claves del comportamiento colectivo de los intelectuales públicos sin obviar la importancia e influencia de la huella biográfica, de su experiencia vital, en su pensamiento. Como todos somos hijos de nuestro tiempo (nos parecemos más a nuestro tiempo que a nuestros padres, decía Marc Bloch parafraseando un adagio árabe) y por ello nos parecemos al entramado vital y social en el que hemos configurado nuestra identidad, nada impide acompañar nuestras investigaciones, sin renunciar a la distancia crítica, a las tendencias de cada momento. Eso, desde luego, sin vender nuestra alma al diablo.

### ¿El giro el actual subjetivista de la historiografía puede ser positivo o conllevar algún tipo de servidumbre?

**RCF:** Naturalmente, no hay que conceder ningún cheque en blanco a cualquier corriente de pensamiento histórico, por muy popular que se haya hecho entre los profesionales de la historia ni tampoco por la magnífica acogida obtenida por el público lector. A mi modo de ver, la innegable celebridad actual de las llamadas “escrituras subjetivistas de la historia”, aunque frecuentemente en ellas no sea fácil (ni lo pretendan) deslindar entre literatura e historia, debe ser sometida al cedazo de su validez epistemológica y social, evitando que en nada tenga que ver tal hibridación con el culto a un relativismo absoluto o con cualquier otra concomitancia con la “era de la posverdad”. Por lo demás, los roturadores del nuevo género no muestran en sus obras una cara uniforme ni en su adscripción profesional ni en su ideología política. Confieso que me complace y disfruto al leer las historia-novela de Antonio Scurati, Éric Vuillard, W. G. Sebald, Ivan Jablonka, Javier Cercas, Jordi Amat, etc. Pero una cosa es el placer del texto y otra muy distinta su relevancia epistemológica contemplada con ojos de historiador.

Quien más y mejor ha promocionado y justificado este nuevo género ha sido el historiador francés Ivan Jablonka (*L'Histoire est une littérature contemporaine*, 2014). La tesis de este ensayo teórico es la que ya figura en el frontispicio de su título, a saber, la "historia es una literatura contemporánea". Sin duda, esta afirmación rotunda equipara (o casi) el estatuto epistemológico de verdad de las ciencias sociales con el de la novela. No es, por cierto, la primera vez (baste recordar a Hyden White en su *The content of the Form. Discourse and Historical Representation*, que se remonta a 1987), que el orden narrativo y retórico del texto (la forma de "contar" la historia) hace las veces de carta de naturaleza del conocimiento histórico. Pero es innegable que estos propósitos contienen una profunda ambivalencia que no comparto y que predisponen a sembrar la confusión entre campos de conocimiento que no se guían ni por los mismos métodos ni por idénticos fines. En todo caso, más allá de cualquier concepción epistemológica ingenua de la verdad y reconociendo el gran interés estético e informativo de los mejores frutos de esta línea de trabajo, creo que tiene razón el historiador Enzo Traverso (*Pasados "singulares". El "yo" en la escritura de la historia*, 2022) cuando pone en relación esta ola subjetivista con el conservadurismo del discurso neoliberal hoy imperante, si bien, como él también reconoce, en algunas de estas creaciones mestizas comparecen muy sustanciosos relatos de subjetividades oprimidas y alternativas. En ese plano, tales historias nos interpelan sobre el alcance de la libertad del sujeto individual y su deseable capacidad de autodeterminación en diversas facetas de la vida social en el marco de la sociedad neoliberal. Valgan, a manera de ejemplo, las polémicas del movimiento feminista acerca del relevante tema de la autodeterminación de género o, en términos más generales, el no menos sustantivo de la decisión a propósito de la muerte voluntaria.

**Para referirse a su propio quehacer, usted ha rescatado la idea de "salir de los confines de la disciplina" (Peter Burke) y su biografía como autor parece en cierto modo próxima a la expresión de Michel de Certeau referida a que el historiador trabaja en los márgenes y que por eso "se convierte en un merodeador" ¿Qué balance hace de su trabajo y de sus diálogos con otras racionalidades disciplinarias? ¿Qué perspectivas tiene hoy sobre esos acalorados debates que pusieron en un extremo los «disciplinazos» de todo tipo y del otro lado la transdisciplina como alternativa crítica?**

**RCF:** Peter Burke, colosal ejemplo de la veta más lúcida de la historia cultural, tiene toda la razón en la recomendación de "salir de los confines de la disciplina". He procurado seguir esa invitación durante mi vida profesional. De él aprendí una mirada sabia y sugestiva sobre la historia social del conocimiento, cuyo trabajo es todo un programa de historia intelectual a propósito de la sociogénesis de las disciplinas científicas. Incluso en el último libro que he leído del historiador británico (*Ignorancia. Una historia global*, 2023) se enfrenta a la difícil labor de mostrar la otra cara de la historia de la ciencia, o sea, la historia de la ignorancia, de los conocimientos valiosos que murieron en los márgenes de la norma científica del momento o aquellos otros que, como el negacionismo de hoy o las diversas fantasías religiosas de todos los tiempos, propugnaron el fanatismo y la ignorancia voluntaria. Tengo para mí que no hay mejor terapia contra las miserias de los saberes academizados que investigar sin constreñirse a la cárcel conceptual de cualquier disciplina y, por tanto, se hace necesario hurgar y desentrañar las condiciones socioculturales que dieron lugar a los artificios que

hoy reconocemos como conocimientos reglados. Yo mismo descompuse el código disciplinar de las materias de enseñanza efectuando una suerte de socioanálisis histórico y cultural (*Sociogénesis de una disciplina escolar: la historia*, 1997), una especie de genealogía con miras a averiguar lo que existe detrás de las apariencias. Ya decía en el siglo XVIII el padre benedictino Feijóo que para “ser historiador es menester mucho más que historiador”. Desde luego.

Toda mi carrera investigadora se ha construido a las afueras del estrecho margen de la historia académica al uso. Incluso se diría que por voluntad propia he trabajado dentro, fuera y por encima de los espacios académicos. Es más, incluso una de las ideas-guías de mi trabajo se resume en el concepto de *historia con memoria*, una suerte de alianza entre historia y memoria bajo el signo del pensamiento crítico, que supone que la exactitud rigurosa del pasado no debe estar reñida con los imperativos cognitivos y éticos de una “razón rememorante”. De tal asunto di cuenta en un libro de título harto significativo e irreverente: *La venganza de la memoria y las paradojas de la historia* (2015).

Esa tendencia a traspasar límites creo que se aprecia en mi proceso formativo, que, además de las necesarias y obligadas lecturas de obras historiográficas y pedagógicas, se vio enriquecido por una multiplicidad muy plural de herencias intelectuales: F. Nietzsche, C. Marx, M. Weber, E. Bloch, Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, M. Foucault, P. Bourdieu, C. Lerena y otros muchos manantiales de ideas diversas que, en virtud de una combinación propia, me han valido como herramientas heurísticas como llaves maestras para comprender una extensa gama de realidades culturales. Importancia de la teoría, por su puesto, pero sin olvidar a la par que la modestia epistemológica es buena consejera para no cosificar ni sustantivizar el elenco de conceptos-utensilios con los que penosamente atrapamos la realidad, siempre más compleja que cualquier construcción teórica.

Naturalmente, también en mi faceta de cultivador de la didáctica he abogado por una enseñanza fuera del marco transpositivo al uso (trasplantar dosis reducidas de la historia académica a las cabezas de los estudiantes). Por el contrario, los postulados centrales de mi apuesta de didáctica crítica nada tenían que ver con el corsé disciplinario porque consistían en: problematizar el presente y pensar históricamente. Por tanto, sí he tenido algo de “merodeador”, he ejercido el nomadeo de un conocimiento a otro, que busca en el saber y su difusión efectos benéficos y liberadores para los seres humanos. Ni en el campo científico ni el curricular he gustado de los “disciplinazos”, que a menudo son síntomas superficiales de movimientos telúrico y reactivos más profundos.

**En los trabajos en donde usted sistematiza sus indagaciones sobre los conceptos de civilización, cultura y curriculum se podría decir que anticipa una conclusión que más o menos versaría del siguiente modo: El mundo de la cultura contiene en sí mismo un efecto encubridor, o sea, tiene la capacidad de autogenerar un escudo protector para esconder —en la trastienda— más realidades de las que enseña. Esta dualidad entre enseñar y esconder, entre dar la palabra y silenciar, entre liberar y oprimir (Freire) parece ser constitutiva de la escuela del capitalismo y, más específicamente, de los usos que se han hecho del código disciplinar de la historia escolar. ¿Es realmente así?**

**RCF:** La historia de los conceptos, principalmente la de impronta alemana y cuyo origen se remonta a los años sesenta del pasado siglo, supuso un impulso precursor al combinar historia social con la historia cultural y la de los usos lingüísticos. En buena parte, se adelantó a la consagración del mundo simbólico y al espacio académico que reclamaría el *linguist turn*. Mis investigaciones sobre la historia de la educación y las disciplinas escolares, que acabé rematando en sendos artículos de 2014 y 2021, cada vez más emplearon una peculiar simbiosis entre el método genealógico de estirpe foucaultiana y la historia de los conceptos, o sea, entre una mirada histórico-crítica sobre el significado de los conceptos que han armado y dentro de los cuales nació y ha existido la institución escolar. Me viene a la cabeza aquello de comparar las palabras, como hacía Nietzsche, como una hueste de supuestas verdades que han dejado de poseer su antiguo brillo y, herrumbrosas ya, han ido arrojando por los caminos de la historia su prístino significado. Estudié el devenir histórico de conceptos como “civilización”, “cultura”, “currículum”, “educación”, “historia”, “memoria”, “disciplinas” y otros que orbitan en torno al conocimiento escolar y a la clase de “cultura” que alberga en su interior. Como dices, en ningún caso, es como parece, la historia de conceptos ayuda a romper con las apariencias y así nos faculta para comprender las reglas ocultas e idiosincrásicas de la cultura escolar, que, en realidad, se ahorman en códigos cuyas claves no son directamente visibles y a menudo resultan herméticos. Sin una teoría crítica sobre la escuela, como la de Pierre Bourdieu, la del español Carlos Lerena u otras de ese tenor difícilmente se pueden desentrañar los “misterios”, la cara oculta, de la escuela. Los procesos de escolarización en la modernidad se han ido materializado a través de sistemas nacionales hoy relativamente homogeneizados y pautados por organismos internacionales.

Si estudiamos las grandes declaraciones sobre los bienes que atesora la educación institucionalizada, es perfectamente observable la distancia abismal entre los textos declarativos y lo que ocurre en las aulas, fenómeno que resumía en el incesante tic-tac escolar (reprimir/liberar), que diera título a la obra señera del sociólogo crítico español Carlos Lerena. Por lo demás, la distribución desigual del capital cultural y las consiguientes tareas “estabilizadoras” de la institución aparecen, una y otra vez, escondidas tras la omnipresente chatarra ideológica de la meritocracia y la igualdad de oportunidades. El propio Bourdieu, 1989, casi veinte años después de su celeberrimo libro *La reproducción*, en una entrevista se quejaba amargamente de cómo los *miraculés* (los “advenedizos de la cultura de origen modesto, que triunfaron académicamente gracias a su éxito escolar), denostaban su sociología escolar crítica sin entender nada del devenir de las estructuras sociales. Y cómo otros, por el contrario, supuestamente también basándose en su obra, defendían por el contrario la idea “idiota, irrealista, irrealizable” de suprimir la escuela para que no siguiera “conservando” la sociedad. Algunos de aquellos agradecidos a la escuela, a menudo hijos de maestros, destacaron en las filas del Partido Comunista Francés y una porción de ellos más tarde emigraron a las derechas neoliberales y reaccionarias. ¡Cosas de la vida!

Esta clase de despropósitos nos remite a la idea de que una cosa es la crítica de la institución escolar y su disección histórica y otra muy distinta es abogar por su desaparición sin más. La escuela, en efecto, “es la sociedad”, ni es un mero reflejo

o un simulacro de felicidad de invernadero, ni es un potro de torturas. Constituye una parte de la vida pública que ha de ser transformada, como otras instituciones. De donde se infiere que existe un lugar para las prácticas antihegemónicas, cuyas maneras son específicas en cada contexto espacial e histórico. La pedagogía crítica, de la que Paulo Freire fue un destacadísimo exponente, propone que en la era del capitalismo se debe buscar momentos de intervención a contracorriente. Incluso cabe destacar cómo las tesis emancipadoras de Freire sufrieron luego una recombinação intelectual en mundos tan lejanos mentalmente como las universidades americanas. También en España ha sido un referente principalmente en lo que se refiere a sus ideas sobre la “alfabetización crítica”.

**¿Cómo piensa que transiten estas instituciones –escuela, curriculum, disciplinas escolares- en el actual escenario de transformaciones técnicas, inteligencia de máquinas y pedagogías ordenadas por algoritmos?**

**RCF:** Por mi parte, no tengo depositada ninguna fe en la tecnología ciega que se mueve principalmente por su eficacia mercantil. En el totalcapitalismo las NTIC, incluida las más reciente Inteligencia Artificial, despiertan mi desconfianza, porque vengo observando que desde la implantación de lo que llamo modo de educación tecnocrático de masas (que en España se empieza consolidar legalmente con la Ley General de Educación de 1970), no ha hecho más que crecer el proceso de taylorización y algoritmización de las relaciones escolares. Un tecnicismo pedagógico de bajísima intensidad se ha apoderado de las orientaciones curriculares que, por encima de las alternancias políticas, quieren “normalizar” la vida de las aulas mediante técnicas de progresivo control sometidas a la lógica empresarial de la evaluación de resultados conforme a objetivos. Nunca hasta ahora la mentalidad managerial y la ideología del tipo humano emprendedor ha sido tan invasiva y atosigante. En verdad, creo que solo en los márgenes y contra ese discurso es posible albergar alguna esperanza crítica.

Tengo que confesar que posiblemente estas consideraciones mías sean fruto de alguien que, quizás por sus años, se sienta cada vez más ajeno, más extraño al mundo en el que vive, pero, a pesar de todo, estoy convencido de que la nueva utopía tecnológica de la sociedad de la información está deviniendo en realidad en su contrario, o sea, en una cacotopía totalmente indeseable. Detrás de todo adivino el lado más oscuro de las utopías que en el mundo han sido. La idea de que los problemas y aspiraciones humanas pueden solventarse solo o principalmente mediante la aplicación masivas de soluciones tecnológicas no es nueva. Incluso tras la revolución soviética de 1917, que inicialmente tuvo un horizonte emancipador mucho más atractivo y amplio, se produjeron experimentos encaminados a crear el llamado “hombre nuevo” a partir de la peregrina idea de los que creían que el ser humano es moldeable como el barro y programable como una máquina, elucubraciones alucinatorias que rayan en algunas de las peores pesadillas del transhumanismo tan extendido en nuestros días, cuya quintaesencia encarna Elon Musk, plutócrata disparatado que apadrina un proyecto de esta naturaleza consistente en crear un biotopo extraterrestre en donde ubicar al humanoide perfecto al que aspira.

Respondiendo a tu pregunta sobre el conocimiento escolar, ya puedes suponer que no soy muy optimista acerca de su regeneración crítica a base de fármacos algorítmicos. No obstante, cabe un lugar para la perplejidad ante la brutal y rápida transformación de las formas de producir y transmitir información. En la historia de la humanidad los procesos de alfabetización y las formas de lectura acabaron modelando nuestra inteligencia. Del alfabeto y la escritura manual a la imprenta y la lectura individual en silencio hubo un gran trecho. ¿Qué tipo de inteligencia individual y colectiva se avecina? No sabría responder a tal cuestión con la precisión debida. Solo sé decirte que la resistencia a la superlativa tecnomercantilización de la vida humana debe ser, bajo formas muy diversas, un imperativo moral personal y colectivo de nuestro momento histórico.

**Por último, y derivado de lo anterior, su trabajo siempre mantuvo un saludable equilibrio entre la impugnación del orden social y la apertura de horizontes de futuro, de esperanza. Esperanza sin la cual —decía Paulo Freire— la lucha perece. Hoy pareciera que nos volvemos esclavos de nuevas rutinas y asistimos a la celebración de tradiciones que parece que surgieron apenas ayer. Todo lo anterior, solitarios en la cubierta de un mundo que navega sin diseño previo ni destino manifiesto ¿Cómo desenredar el ovillo de la razón crítica en las turbulentas aguas de la posverdad o del negacionismo? ¿Cómo educar la conciencia crítica ante los embrujos de una racionalidad artificializada o reflejo simulado de lo real?**

**RCF:** En el curso de mi formación universitaria en la época en la que era estudiante universitario, en el gozne entre los años sesenta y setenta de la centuria pasada, descubrí a un pensador alemán que había indagado sobre el predicador Thomas Müntzer como teólogo de la revolución (eran los tiempos de las guerras de religión del siglo XVI en Europa), que encarnaba, según su descubridor, una utopía de rasgos revolucionarios. Más tarde leí con pasión intelectual su majestuosa inagotable obra cumbre: *El Principio Esperanza*. Sobre ella escribí en 1983 un opúsculo y mucho más tarde dediqué a su figura un capítulo de mi libro *Verdades sospechosas. Religión, historia y capitalismo* (2017). Me estoy refiriendo, claro está, a Ernst Bloch, el filósofo que toma la esperanza y la utopía como asuntos cardinales de esa corriente de “marxismo cálido” que atraviesa su obra y de la que hoy todavía es eximio representante. En 1974, apenas tres años antes de su muerte a los noventa, Michael Löwy, teórico franco-brasileño y una de mis fuentes de aprendizaje en muchos temas, le hizo una entrevista en su apartamento de Turingia, como recoge en su libro *Cristianismo de liberación. Perspectivas marxistas y ecosocialistas* (2019). El llamado “Schelling marxista”, pese a estar casi ciego y sufrir los estragos de su proveya edad, mantenía su cabeza lúcida y una firme ilusión vital en los valores de la utopía como contraparte de la facticidad mentirosa y capciosa del mundo existente. Es envidiable que no se apagarán sus expectativas de un mundo mejor tras haber atravesado y sufrido tantas calamidades, quizás la más lacerante comprobar cómo la “utopía concreta” del socialismo de corte estaliniano, que en su día defendió y luego padeció en la República Democrática de Alemania, se fue convirtiendo en un terrible espejismo.

Paulo Freire, como sugieres, es otro gran titán de la esperanza y la liberación llevada al campo pedagógico y, por extensión, al conjunto de la sociedad. La pedagogía de Freire es también una respuesta utópica frente a la miseria material

y cultural de los oprimidos. Tanto Bloch como Freire inspiraron durante años la nueva teología política de la liberación en América Latina. La huella y legado de Paulo Freire, como en el caso de Bloch, trasciende el lugar y contexto desde donde se enunciaron los problemas. Precisamente lo relevante y hasta cierto punto sorprendente, estriba en que la huella del pensador brasileño traspasó con mucho las fronteras del contexto de lo que se suele llamar Tercer Mundo, y que sus doctrinas fueron relocalizadas, gracias a los seguidores de sus tesis, en el llamado mundo desarrollado. Así, la recontextualización de sus doctrinas en Estados Unidos y Europa llegó como parte de lo que genéricamente se llama pedagogía crítica.

En todo caso, tus preguntas me obligan a decir que no basta con apelar a la esperanza, a la utopía y menos a la repetición de fórmulas ya cuñadas, fracasadas e imaginadas por el pensamiento y la acción colectiva de quienes nos precedieron en la tarea de cambiar el mundo. Es bien cierto que la razón crítica ha de batallar con enemigos hasta ahora desconocidos como los intrincados, laberínticos y brutales santuarios de la posverdad en donde se generan y multiplican inanes y falsos estados de opinión que contribuyen a la circulación de ideologías reaccionarias, fanatizadas y perversas que tratan de ver el mundo como una ficción interminable al servicio de la más indecente irracionalidad.

Claro que esto nos obliga, más allá del optimismo o el pesimismo que nos embargue hoy, a cuestionarnos el pasado revolucionario, la función de las clases, identidades e ideologías que buscaban transformar las condiciones de vida de los seres humanos. Hay quien, tras el escrutinio del pasado revolucionario vinculado a la clase obrera y el socialismo, han optado por lo que Enzo Traverso denomina, siguiendo la huella de Walter Benjamin, “melancolía de izquierdas”. Siguiendo a este historiador italiano, su espléndida revisión del concepto “Revolución” (*Revolución. Una historia intelectual.*, 2021), por mi parte, he glosado y hecho un balance de ese pasado y de la interpretación que me merece en *Historia con memoria de las revoluciones. Una verdad incómoda* (2024). Incómoda por la amarga historia de tantas experiencias fallidas y erróneas, pero también inevitable para no perder el rumbo y sucumbir hoy del todo al desencanto, entre otras razones porque la historia no tiene un destino manifiesto, no posee, como creían los revolucionarios de antaño o el mesianismo judeocristiano, una dirección inevitable. En realidad, estimo que el mundo carece de sentido y somos los seres humanos a los que compete cargarlo de significación y valores éticos. También creo que se suceden ciclos históricos de perfil contrapuesto de manera que actualmente nos vemos acuciados por los signos de eso que llamas “turbulencias” y “embrujo” de una lógica irracional inscritas en un grave rebrote posfascista y neoliberal a mayor gloria y servicio del Leviatán capitalista. En estas difíciles circunstancias, no cabe poseer seguridad sobre muchos asuntos, pero tampoco es deseable la pasividad de ver pasar sin más el entierro de nuestras esperanzas. Cabe, empero, mantener un cierto coraje de decir la verdad a pesar de las consecuencias negativas que nos acarree, es decir, es recomendable practicar esa virtud de la *parresia* de los griegos, a la que nos invitaba a menudo Foucault.

La generación a la que pertenezco no sufrió sucesos terribles, como fueron por ejemplo los estragos de la guerra civil española o la Segunda Guerra Mundial. A



pesar de una larga y tenebrosa dictadura, en mis años jóvenes teníamos la impresión de estar montados en una ola histórica que empujaba a favor de nuestras aspiraciones transformadoras. Nuestros sueños, en parte, parecían poder cumplirse al tiempo que impugnábamos la herencia de atrocidades cometidas por nuestros mayores. Entonces la denuncia del Holocausto, la explotación colonial y las dictaduras, etc., constituían como el bagaje de un sentido común compartido.

Sin embargo, hoy debemos explicar, de nuevo, lo obvio. El jurista polaco Raphael Lemkin ideó, a finales de la Segunda Guerra Mundial, el neologismo “genocidio” para tratar de dar cuenta del horroroso exterminio de grupos humanos a gran escala y la ONU en 1948 aprobó la Convención para la Persecución y Sanción del Delito de Genocidio. ¿Cómo es posible que tengamos que esforzarnos en argumentar en nuestros días que ese monstruoso delito se está repitiendo hoy ante nuestra atónita e impotente mirada? ¿Acaso vamos a tener que ponernos de espaldas o incluso pedir disculpas por nuestro pasado antifascista?

\* \* \* \*